

DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL

EXCMO. SR. D. FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA,

el día 13 de Noviembre de 1856,

CON MOTIVO DE LA APERTURA DE LAS CÁTEDRAS

DEL

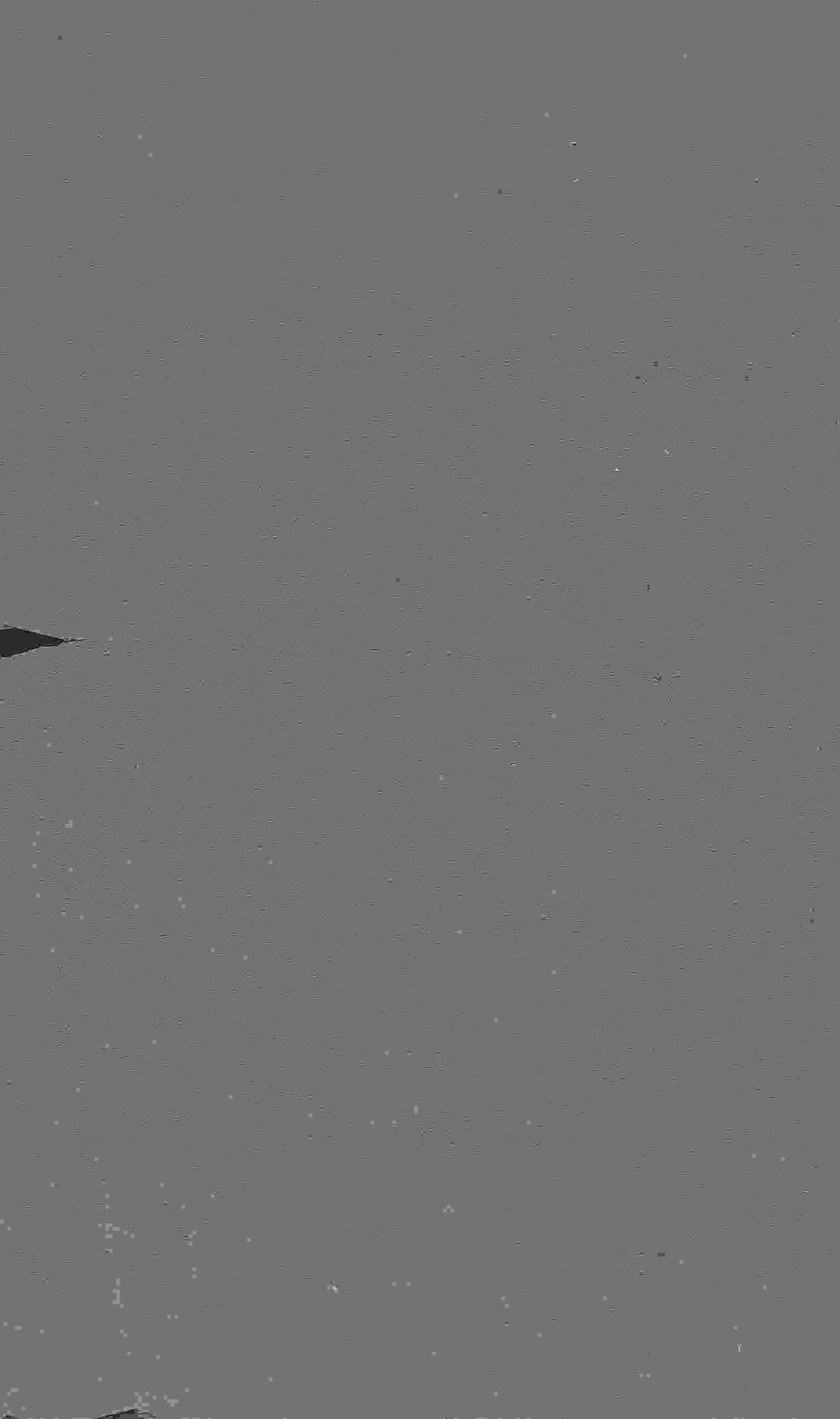
ATENEO CIENTÍFICO Y LITERARIO

DE ESTA CORTE.

Madrid.—1856

IMPRESA DE TEJADO.

SAN BARTOLOMÉ, 14.



Opus 368 m. 8408

DISCURSO.

理论总结

DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL

EXCMO. SR. D. FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA,

el día 13 de Noviembre de 1856,

CON MOTIVO DE LA APERTURA DE LAS CÁTEDRAS

DEL

ATENEO CIENTÍFICO Y LITERARIO

DE ESTA CORTE.



MADRID.—1856.
IMPRENTA DE TEJADO,
SAN BARTOLOMÉ, 14.

SEÑORES:

Con igual satisfaccion que otros años, y por idéntico motivo, os dirijo la palabra en este acto solemne; y espero que me oigais con la misma benevolencia: en las vicisitudes de los tiempos, y más cuando vuelan tan de prisa, aunque falte el estímulo de la novedad, suele reconocerse con placer el eco de una voz amiga.

Voy á exponeros algunas breves reflexiones sobre un asunto grave, propio del auditorio que me escucha: sobre el gran principio de la *moralidad*, como norma de las acciones humanas; considerándole, ya respecto de los particulares, ya con relacion al Estado y á la política de las naciones. Son como tres círculos concéntricos, de distinta magnitud, pero cuyos rádios van todos á reunirse en un punto.

Por lo que respecta á los particulares, ocioso fuera enca-
recer la importancia del principio de *moralidad*, asi como
afanarse por demostrar que descansa naturalmente en dos po-

los firmísimos: la existencia de un Dios y la inmortalidad del alma: haced abstraccion de una ú otra; y flaqueando el cimiento, el edificio se desploma.

La *moralidad* tiene su asilo en la conciencia: esta le sirve de guia; califica las acciones; sondea los pensamientos; previene ántes y castiga después; nos sigue á todas partes, como testigo fiel, como juez invisible; no da treguas al culpable, atormentándole hasta en sueños.

Suponed que no existe un Dios; y en el mero hecho apagais la luz de la conciencia: es como un reloj, cuyo resorte estalla: ántes os indicaba las horas; ahora es un mueble inútil, que ni teneis que consultar siquiera.

La existencia de un Dios, omnipotente y justiciero, da á la moral una sancion augusta, soberana: es esta como una planta, que necesita para florecer el rocío del cielo.

La Religion revelada ha completado la obra; elevando la moral á un grado de perfeccion y de pureza, que no alcanzaron nunca los filósofos más sábios de la antigüedad.

Ni en las obras de Aristóteles ni en las del mismo Platon (que parecia remontarse en la region de las ideas hasta casi vislumbrar el cristianismo) se hallarán preceptos de moral tan claros, tan saludables como los que enseña el Evangelio con sencillez divina.

Allega tambien la ventaja de que ennoblece los sentimientos del alma; levantándolos á mayor altura. *Haz bien á tus semejantes*, nos dicta la razon; la Religion añade: *ama á tu prójimo como á tí mismo. Todos los hombres son iguales*, nos enseña la filosofía; pero solo la Religion es capaz de hacer á los monarcas deponer en el suelo la corona y lavar los piés á los pobres.

Suponed, por el extremo opuesto, una nacion descreida: el interes será la única regla; las pasiones carecerán de freno;

no habrá más temor que el castigo, impuesto por la mano del hombre; en vez de consultar la conciencia, se consultará solamente el código penal.

Habíase dicho, y no sin fundamento: « más fácil es que una ciudad se sostenga en el aire, que no que una sociedad subsista sin religion. »

Á fines del siglo pasado se intentó en una nacion vecina hacer ese terrible experimento; y el mundo vió con horror y escándalo las funestas resultas.

El ariete revolucionario tuvo fuerza bastante para derribar los templos; pero no para levantar siquiera un ara. La de la *Diosa de la Razon*, manchada con lodo y con sangre, en vez de atraer adoradores, puso grima y espanto.

Aún en medio del frenesí revolucionario, y cuando estaba en toda su pujanza el régimen del *terror*, se conoció la necesidad de detenerse en tan funesta senda. El mismo Robespierre, discípulo entusiasta de Rousseau, hace que la Convencion decrete una fiesta solemne al *Sér Supremo*; la preside; ostenta altivo su cabeza, en ademan de triunfo..... mas en breve la hiere el rayo de la justicia divina.

En la época del *Directorio* se hizo tambien otro ensayo en materia religiosa; pero cuantos esfuerzos se hicieron, fueron infructuosos. Á medida que la nacion iba entrando en caja, volvía por una tendencia natural á la religion de sus mayores; cabiéndole á Napoleon no escasa parte en aquella empresa reparadora.

Tan duro fué el escarmiento que en la primera revolucion recibió la nacion francesa, que la hemos visto, no ha muchos años, en un momento de frenesí, volcar el Trono, proclamar la República y conmover la sociedad hasta en sus más profundos cimientos. Mas en aquellas saturnales, impropias de una nacion tan ilustrada y culta, se respetó la religion, y

hasta se procuró ennoblecer, si era dable, algunos actos revolucionarios con cierto aparato religioso.

Lo que tan de bulto se ha visto en la nacion francesa, puede aplicarse, más ó ménos, á las demás, en que se profesa la religion cristiana. El instinto de la propia conservacion, no ménos que el interés de los Gobiernos, les dictan de consuno dar á las leyes el apoyo de las costumbres, y á estas el del *sentimiento religioso*; procurando que se arraigue profundamente en el corazon de los pueblos.

Él solo es capaz de templar los ímpetus del poder y de allanar el camino de la obediencia; él disminuye la distancia que separa á las varias clases, modera el orgullo de las unas, al paso que infunde en las otras una resignacion saludable. Benéfico á la par que ingenioso, halla en el tesoro de la caridad recursos abundantes; á la par socorre y consuela; alcanza con su influjo adonde no llegan las leyes; santifica el hogar doméstico, y hace de la autoridad paterna una especie de sacerdocio: es el manantial más puro de las virtudes privadas, único sosten y escudo de las virtudes públicas.

Y si esto aparece confirmado por la experiencia en todos tiempos y naciones, áun con más claridad se manifiesta al presente, cuando la civilizacion y cultura han llegado á tan alto punto.

Merced á los portentosos descubrimientos que han hecho las ciencias y las artes, puede decirse que se han multiplicado los sentidos del hombre; sus fuerzas han crecido hasta lo infinito, y su velocidad á la par que sus fuerzas: en breves instantes recorre inmensas distancias, y oye distintamente lo que se dice á millares de leguas.

Al compas de sus triunfos y conquistas ha crecido su orgullo; á la par del orgullo sus deseos; con los deseos su audacia, para salvar límites y barreras. Pues si con tantos estí-

mulos le quitais todo freno; si encendeis en su corazon las pasiones más violentas, y no les oponéis más contrapeso que el de la fria razon (si es que no se halla gangrenada con las máximas más perniciosas), ¿cómo extrañáis que la sociedad corra tantos peligros, cuando se atraen, en vez de evitarlos; como acontece con un para-rayos, forjado torpemente?

En los Estados regidos por instituciones liberales es aún más necesaria, si cabe, la influencia de la religion en provecho de la sociedad. Por lo mismo que el hombre tiene para obrar más desembarazó y holgura; por lo mismo que hay ménos recursos para prevenir los delitos, y se exigen por lo comun más pruebas para castigarlos, conviene que el influjo de las causas morales sea más eficaz para suplir, sin riesgo del Estado, lo que pueda faltar de fuerza represiva á la pública autoridad. Donde rigen ciertas instituciones suele apelarse con frecuencia á la santidad del juramento: se pone á Dios por testigo, y se le invoca por juez, en actos á que no alcanza ni la vista ni el brazo del hombre: ¿y qué confianza puede inspirar semejante recurso en un pueblo falto de creencias, en que el juramento mismo se convierte fácilmente en profanacion y sacrilegio?

Miéntras más se profundice la materia, y bajo cualquiera aspecto que se la examine, aparecerá con mayor claridad la importancia suma de promover por todos medios la *moralidad* de los pueblos.

Si remontándonos á mayor altura, no nos encerramos en los límites de un Estado, sino que contemplamos el magnífico cuadro que ofrece la historia de las naciones, difícil es que no descubramos cómo campea el principio de la *moralidad* en los vastos anales del mundo.

En vano aparece interrumpida ó rota la cadena que une los varios efectos con las causas; en vano aparecen los más gra-



ves sucesos nacidos del mero acaso ó dictados por la ciega fatalidad : si se examinan á fondo, si se contempla su conjunto, se descubre la mano de la Providencia, que preside como árbitro supremo los destinos del humano linaje.

Nosotros solo vemos un reducido espacio; ella lo abarca todo : el hombre mide el tiempo con un reloj de arena ; Dios mide los siglos con el compas de la eternidad.

Así no es maravilla que nuestro horizonte sea tan reducido y tan falibles nuestros juicios : á veces reputamos incierta y remota la expiacion de los delitos de los Príncipes y de los pueblos, cuando está más cercana, inminente.

En medio de tanta variedad como ofrece la historia del género humano, se descubren ciertas reglas invariables, que rigen el mundo moral, y que no pueden quebrantarse impunemente.

Contemplad los Imperios del Asia, cuna de las ciencias, ufanos con sus tradiciones, tan antiguas como el mundo, orgullosos con su riqueza y poderío: la corrupcion y la molicie han relajado sus fuerzas; y un corto número de Griegos los vence y avasalla.

Á su vez la Grecia pierde su vigor y energía; la discordia mina el seno de los Estados, y desata los vínculos que los unian: en lugar de capitanes y de repúblicas, imperan los ambiciosos y los sofistas: aún subsiste la sombra; pero ha desaparecido la patria.

Fácil conquista para un pueblo como el Romano, amamantado por una loba y en todo el vigor de la edad viril, la Grecia da á los vencedores sus leyes, sus artes, su cultura, que se trasplantan al Lácio; y Roma llega á ser, no ménos por su política que por las armas, señora del mundo.

Mas el peso de su grandeza la abruma: con el contacto de tantas naciones, con las riquezas y despojos de los pueblos

vencidos, se adulteran las antiguas costumbres; así como se ha poblado su Olimpo con toda clase de deidades advenedizas. En medio de su aparente grandeza, el Imperio romano no es ya más que un cadáver, que quedará reducido á polvo, en cuanto soplen con furia los helados vientos del Norte.

Una avenida de pueblos bárbaros inunda la Europa: la antigua civilizacion desaparece; una densa tiniebla, que habia de durar por espacio de siglos, se extiende sobre las naciones; y fortuna que la luz del Evangelio, oculta primero en el fondo de las catacumbas, y después colocada en el augusto trono de los Césares, no puede extinguirse; y ha de triunfar de la barbarie como ántes habia triunfado del paganismo.

Mudan las épocas, y se cambia la faz del mundo; pero no por eso dejan de observarse ciertos principios generales, que se reproducen constantemente, á pesar de la diferencia de tiempos y de circunstancias: la historia es un inmenso espejo, en que se retrata lo pasado y se refleja lo porvenir.

¿Veis un reino dividido, olvidado de su primitivo carácter, entregado á la corrupcion y á los vicios? Pues podeis predecirle, en un término más ó ménos próximo, su postracion y su ruina. Si es el imperio de los Visigodos, trocada en afeminacion la nativa rudeza, enervado el pueblo y envilecido el cetro en manos de un Witiza ó de un Rodrigo, no extrañeis ver venir á una raza varonil y guerrera, sepultar el trono en el fondo del Guadalete, y enseñorearse de España.

Mas esos mismos vencedores se dividirán á su vez: el lujo y los deleites quebrantarán sus fuerzas; y se irán cayendo á pedazos las mal trabadas partes de tan vasto Imperio. En Córdoba desaparecerá su mayor grandeza; en Sevilla recibirá el golpe de muerte; y en Granada fenecerá el Imperio Muslímico, humillado á su vez por la Cruz vencedora. Entre una y otra catástrofe media el espacio de ocho siglos.

Estas y otras lecciones, no ménos terribles, escritas con letras de sangre en las páginas de la historia, deben servir de enseñanza á los Monarcas y á las naciones; y áun cuando alguna vez aparezcan coronados por el éxito los desafueros de la ambicion y el menosprecio del derecho, puede asegurarse sin temor que recaerán las funestas resultas sobre los mismos causadores del mal ó sobre su propia descendencia.

Sin engolfarnos en los antiguos tiempos, ofrece la historia moderna tres ejemplos muy señalados, y que recaen cabalmente en los Soberanos más poderosos, cuya gigante figura descuellan cada cual en su siglo.

Señor de varios Estados, adornada la frente con una triple corona, dictando leyes á Alemania y á Italia y poseedor de los tesoros de un Nuevo Mundo, aspira Cárlos V á erigirse en árbitro de Europa, y la fortuna le sonríe; habiendo visto al Monarca francés cautivo en una torre, y al Papa temblar en Roma, asediado por tropas imperiales. Más ántes de llegar al término de su carrera, como que le faltan las fuerzas: halla inesperados obstáculos, que se oponen á sus deseos: desconfía del logro de su intento; y se juzga más grande, dejando voluntariamente el cetro ántes que se lo arrebatase la muerte. No parecía sino que, en la soledad del cláustro, contemplaba con lástima y menosprecio las grandezas del mundo; y que présago el corazón le anunciaba cuán en breve habia de menguar y extinguirse el poderío de su augusta Casa, en manos de sus descendientes.

De ánimo generoso y sediento de gloria, dueño absoluto de la Francia, y haciendo temblar á las naciones con el rumor de sus victoriosas armas, no se contenta Luis XIV con enfrenar el poder de la Casa de Austria, ni con amenazar de muerte á la Holanda, por vengar una leve ofensa; sino que aspira á dictar la ley á la Europa.

La sucesion al codiciado trono de España abre una nueva senda á su ambicion: *Ya no hay Pirineos*, exclama alborozado, al abrazar á su nieto, que vuela á coger la Corona. Mas las mismas causas que habian coligado á las naciones, para poner dique al predominio de la Casa de Austria, las une ahora contra los ambiciosos designios del Monarca frances, no ménos peligrosos para el equilibrio de Europa.

Trábase la lucha, y se combate por ambas partes con varia fortuna; ostentándose siempre firme el ánimo del jóven Felipe y la constancia de la nacion, que habia prohiado su causa.

Mas el peso de los años, el descontento de la Francia, el número y poder de los contrarios y otros motivos de postracion y desaliento, llegan á descorazonar á un Monarca tan grande como Luis XIV, hasta el punto de prometer que abandonará á su esforzado nieto; si bien se indigna generoso, al proponerle que concorra con sus armas á destronarle.

Por una reunion feliz de circunstancias vió coronados sus deseos y á su dinastía en el trono de las Españas; pero no sin que las demás Potencias tomasen las debidas precauciones, para que no corriese riesgo el equilibrio general de Europa.

Desangrada la nacion con tantos y tan costosos sacrificios, y agobiado él propio con el peso de desgracias domésticas, bajó Luis XIV al sepulcro, incierto acerca de la suerte que cabria á su augusta Familia, y dejando tan poco satisfecho al pueblo, que tuvo la avilantez de insultar su cadáver.

La ambicion desapoderada de aquel Monarca, los escándalos de la Regencia, el vergonzoso reinado de Luis XV, abrieron el camino á la revolucion; sin que las virtudes y el amor al bien público de su sucesor lograsen detener el torrente, que tan desapiadadamente habia de arrollarle.

Con él hundióse el trono, manchado con su sangre; y

proclamada la República, se procuró, por cuantos medios son imaginables, que se aclimatara en un suelo donde habia florecido, por espacio de catorce siglos, el árbol frondoso de la monarquía.

Vanos esfuerzos: por una tendencia natural, volvió insensiblemente la nación á su antiguo asiento; y respiró, al fin, como quien recuerda de un pesado ensueño, al ver que empuñaba el cetro una diestra firme y vigorosa.

Empero Napoleon se desvaneció á tanta altura: límites, fronteras, estados, todo desapareció á su vista; la independencia de las naciones, los derechos de los Monarcas, la santidad de los pactos, nada fue parte á contenerle; afanándose por someter al continente á su imperiosa voluntad.

Mas lo que se apoya en la fuerza, la fuerza lo destruye: el reflujo de la fortuna trajo sobre la capital del Imperio las huestes de cien naciones, ansiosas todas ellas de vengar sus agravios; y el que aspiraba á la dominacion del mundo, pereció solitario y cautivo en una estéril roca, perdida en la inmensidad de los mares.

¿Quién tan inadvertido, tan ciego, que no descubra en estos ejemplares la mano de la Providencia, que confunde á la faz del mundo el orgullo del hombre, y pesa en fiel balanza el destino de los Reyes y de las naciones?

Aunque someramente (por no consentir otra cosa la ocasion ni el tiempo), hemos indicado la importancia suma del principio de la *moralidad*, ya respecto de los Estados, ya en una esfera más reducida, con relacion á los particulares. Mas por lo mismo conviene ponerle á salvo de dos enemigos capitales: el falso saber y la ignorancia. Aquel pervierte el entendimiento y estraga el corazon: esta confunde las nociones del bien y del mal, y da márgen á funestos errores: el uno conduce á la irreligion y á la impiedad; la otra á la supersticion

y al fanatismo; el uno indócil, turbulento; la otra servil, abyecta; ambos opuestos al disfrute de la verdadera libertad.

De donde naturalmente se deduce cuánto interesa al Estado que se faciliten los medios de adquirir conocimientos útiles, que aficionen á los jóvenes al cultivo de las ciencias y de las letras; y al propio tiempo los alejen del estadio político, en que tan viva lucha sostienen los partidos, hasta que puedan entrar en él con provecho y gloria de la patria.

Sin querer, he hecho vuestro elogio, celosos profesores; así de los que ya han dado notorias pruebas de laboriosidad y saber en las cátedras de este establecimiento, como de los que, con igual desinterés, entran de nuevo á compartir sus útiles tareas.

Para emprenderlas con buen ánimo y proseguirlas con perseverancia, os bastará pensar en el fruto de vuestros desvelos; así como el pródigo agricultor imagina ver los campos cubiertos de mieses, al abrir el laborioso surco y encomendar el grano á la tierra.

